



J. M. BARTRINA

(Ens es plaent de reproduir el present judici crític de l'obra del nostre gran poeta, que l'eminent polígraf Pompeu Gener escrigué en ocasió de la mort del reusenc il·lustre.)

Bartrina ha muerto joven, no dejando más que un tomito de poesías titulado: ALGO y unos cuantos trabajos sueltos que han sido coleccionados después de su muerte en un volumen en octavo. Y no obstante Bartrina fué uno de los primeros poetas de España contemporánea. Si ha sido desconocido hasta hace poco, débese a no haber vivido en Madrid, a no haber formado parte de la camarilla que allí forja las reputaciones, imponiéndolas al resto de la Península. A causa de esto, la fama del poeta reusense no pudo pasar el Ebro. Su estilo conciso y sobrio, su profundidad de conceptos chocaron demasiado a ciertos críticos madrileños acostumbrados al lirismo difuso de la mayoría de los poetas que en la corte privan, tan perfectos en la rima como flojos y confusos en los conceptos. Aún recordamos con dolor la violencia inyectiva que en contra del tomito: ALGO, lanzó un escritor madrileño (1). Aquellas cinco líneas invertidas como de gracia en la cubierta de la Revista Contemporánea, más tenían trazas de insulto que de juicio crítico. Y sin embargo Bartrina era acreedor a que se le señalara como a una gloria nacional! Pero España, y lo he dicho muchas veces, es como ciertas madres que tienen predilección por aquellos de sus hi-

jos que menos valen, Orfila, Fortuny, Vierge, Pradilla, Ibáñez, Sarasate y tantos otros, han tenido que recurrir al extranjero para que España supiera lo que valían. Sin el testimonio de los extraños, los propios no les hubieran reconocido su genio. Rosales apenas podía vender en Madrid sus cuadros; en cambio, medianías correctas y nulidades intrigantes están consideradas como eminencias y aún como verdaderos genios.

Bartrina es un poeta del género de Baudelaire y de Leopardi, pero formando especie aparte. Tiene un carácter tan original, una personalidad tan propia, que no es permitido el confundirle con ningún otro poeta.

Generalmente los grandes genios acostumbran a acaparar toda clase de conocimientos para hacerlos converger a la producción de la obra que se proponen realizar. Precisamente en esta convergencia estriba la fuerza de sus creaciones. Nuestro poeta hacia todo lo contrario. Con un talento excepcional había cultivado muchos ramos del saber humano, pero en cuanto a lo que toca al producir, divergía siempre. Bartrina sabía de todo, es decir, de todo un poco. Pero esto no le bastaba: quería realizar todo lo realizable y aún lo que no lo era.

(1) Manuel de la Revilla.

Con su gran talento, con sus muchos conocimientos, hubiera podido llegar a ser un político eminente, lo mismo que un filósofo profundo, o un sabio naturalista; pero le faltaba una cualidad esencial, sin la que todo ingenio aborta: la perseverancia. Derrochaba su inteligencia en excesivos ensayos. No hay más que ojear sus obras: cosmología, historia, filosofía, física, crítica literaria, en fin, apenas había ciencia o arte que no le hubiera dado pié para un artículo o una poesía. La misma generalidad de su talento le impedía el llevar a cabo nada serio, era estéril por un exceso de potencia. Impresionable en extremo, se apasionaba por un detalle cualquiera, y al instante buscaba otro para establecer una comparación e inducir una ley, proyectar un invento o abocetar el plan de una obra inmensa. Pero la ley quedaba por formular, el invento por realizar y la obra por escribir, pues apenas había apuntado una idea que ya buscaba otras, a cual más imposible.

Intentó escribir la segunda parte del *D. Juan Tenorio*, *La Vida de María*, paralelamente a *La Vida de Jesús* de Renan; un *Diccionario fonético del lenguaje de las aves*; concibió un teléfono hidráulico (antes que Edison inventara el de cordel) con el objeto de transmitir la música a grandes distancias y a domicilio.—Así,—decía Bartrina,—uno podrá abrir en su salón la espita de las sonatas alemanas, la de las melodías italianas o la del *vaudeville* francés o de los aires nacionales, como quién abre en su bodega la del *Kohenisberg*, del *Lacrima Christi*, del *Buerdeos*, o del *Jeréz*.—Empezó una novela basada en el descubrimiento de Europa por navegantes que procedían de un país ignoto en el cual imperaba una civilización mil veces superior a la nuestra. Imaginó una psicología del hombre salvaje descrita por M. Arban, célebre aeronauta que se elevó en Barcelona y cuyo paradero se ignora. Suponíale Bartrina descendido en un país del Africa Central, donde al verle venir por los aires

lo habían creído el hijo de Dios bajado de los cielos, y de aquí tomaba pié para describir el funcionalismo intelectual de estos pueblos incivilizados. Pero todas estas obras se quedaron en proyecto: de la que más escribió uno o dos capítulos.

Como a tendencias, Bartrina es un romántico que ha llegado tarde, pero que escribe con todos los procedimientos realistas de la época presente. Siempre es natural, muy natural, demasiado natural a veces. Su naturalismo le inclina a la extravagancia en ciertos casos. Es concreto, preciso, sobrio, y dibuja con un vigor inusitado. Si hace comparaciones es sólo para dar relieve a las ideas; si emplea imágenes es para abreviar descripciones, siendo siempre sus comparaciones y sus imágenes muy exactas y excesivamente originales.

Hemos dicho que era un romántico rezagado, y en efecto, así era. Viviendo en la época actual, estaba atacado de la enfermedad moral que caracteriza al primer tercio de nuestro siglo. Era profundamente pesimista y escéptico. Hay ciertos individuos que han heredado la fatiga producida por los desórdenes o el excesivo trabajo de sus padres; así es que nacen cansados. Bartrina nació ya desengañado.

Y no es su escepticismo el del cristiano; su pesimismo va aún mucho más allá. Si el cristiano desprecia este mundo es porque espera gozo, dicha inefable en otro mejor en el cual cree con todas sus fuerzas.

Bartrina desdeña la tierra por encontrarla malvada, pero no afirma que el cielo sea preferible, ni siquiera existe uno. En su poesía: *Una duda*, después de pintarnos con colores muy acentuados el asceta que se mortifica durante toda su vida para ganarse el cielo, exclama:

¿Y si luego resulta que no hay cielo?

Tanto la duda le embarga, que duda de todo, empezando a dudar de su propia persona, y se desprecia al igual que desprecia todo lo demás. En su *Ecce-Homo* llega a querer divorciarse de si mismo,

cansado que está de sostener la perpétua lucha de sus virtudes con sus vicios. En *La última cuerda* que de cinco que tenía su lira, cuatro se rompieron al querer remontarse, abandonando *el mundo y su cieno*. La que le queda quisiera tenderla al arco del amor, pero ve que se le romperá también en cuanto intente lanzar una flecha a la mujer que ama; quisiera pescar con ella fortuna en el torbellino de la vida, poniendo sus sueños de gloria por cebo, pero teme que salga algún contrario y se coma el cebo y la cuerda. Por fin resuelve reservársela para ahorcarse con ella. En la composición titulada: *Reflejos*, proclama que en todo lo que nos rodea sólo vemos lo que en nosotros pasa. El traidor sólo ve Judas, el joven enamorado cree que le aman, el ladrón se figura que le roban, el falso juzga que le engañan, y acaba por decir que en su aislamiento no cree en nada, ni a nadie, y que la luz que irradia su cerebro sólo le sirve para oscurecerle el mundo. En otra poesía compadece a los gusanos que después de su muerte roerán su cadáver, pues dice que al llegar a su corazón :

*O le hallarán en podre convertido
o en un manantial de sangre envenenada,
o en vez de corazón no hallarán nada.*

Y no es aún esto todo, pues en otra exclama :

*Si yo quisiera matar
a mi mayor enemigo,
me había de suicidar.*

Es un poeta realista y un filósofo pesimista y misántropo. Observa y analiza con gran exactitud y expresa con vigor el resultado de sus investigaciones; pero sólo se detiene en examinar el lado malo de las cosas: el lado bueno o no lo vé o no quiere verlo. Diríase que es un médico que anatomiza para encontrarnos solamente fibras lesionadas de los órganos.

Parece que en la lucha para la vida tan sólo fueran golpes lo que recibiera; la for-

tuna no le había reservado más que sus reveses. Por esto es, sin duda, que blande el látigo como arma de combate, y cuando encuentra un defecto, y casi siempre son defectos lo que encuentra, lo cruza de un latigazo.

Es un Juvenal que lleva oculto un Schopenhauer. Encuéntrasele sobriamente analizador y friamente incisivo; precisamente éstas son sus dos primeras cualidades. Encierran algunos de sus versos una ironía sarcástica que marchita todo lo que toca. En general tiene el estilo amargado por la hiel. A veces parece que ha mojado la pluma con veneno; su frase entonces produce el efecto de un estoque helado que, introduciéndose hasta vuestro corazón, os congelará la sangre en vuestras venas. Escuchémosle :

*El hombre al hombre olvida,
si no le es indiferente, cuando muere;
y le debe algún favor en vida.*

*Dice la Biblia que al crear el hombre
hízole Dios de polvo,
más de seguro que antes llovería
y Dios, en vez de polvo, cogió lodo.*

*El que pierde a su padre
llora afligido.
El que pierde dinero
se pega un tiro.*

Cual el Satán judaico del Antiguo Testamento, no encuentra por doquier más que maldad y egoísmo. En la realización de las cosas más grandes siempre ve ocultos móviles mezquinos. Si una hija acuérdate de que hace un año murió su padre, es porque en tal día un hombre la llamó fea. La mujer no sufre consecuencia alguna :

*Si no quiere al marido
querrá a cualquiera, al lacayo.*

Ay de los que se dediquen al estudio; su mujer no les perdonará el que la pongan a sus investigaciones por interesantes que sean!

*De ningún hombre de ciencia
el talento hereda el hijo,
y no se dejó, de fijo,
de cumplir la ley de herencia.*

exclamó, en tono amargo. Y después continuó en otra notable poesía :

*Si la virtud, la inocencia,
la rectitud de conciencia,
y de amor la pasión pura,
fuesen males,
y únicos males sin cura,
ya seríamos los seres
todos, hombres y mujeres
inmortales.*

Si se fija en los hábitos que cubren nuestro cuerpo, se pregunta :

*¿Qué escándalo ha precedido
a la invención del vestido?*

Y si mira los cerrojos de las puertas y los muebles, añade :

*¿Y que delitos tan graves
al invento de las llaves?*

Si encuentra preciosa la virtud, no es porque ella en sí valga algo; a su ver lo es tan sólo *porque es rara*.

La cara es sólo una máscara que encubre lo que pensamos. Darwin se engañó al afirmar que el hombre es superior al mono.

Su escepticismo de particular vuélvese general, pero de una manera hartó extraña. Ataca a la humanidad como si fuera un sólo hombre, y este hombre colectivo, este fantasma, a quien lanza dardos envenenados, no es más que su propio reflejo, un desdoblamiento de sí mismo, que él toma por un ser distinto, en que se figura adivinar la humanidad. Así llega a aconsejar que cada cual se analice a sí mismo y así aprenderá a despreciar a todo el género humano. Este antropomorfismo original no es más que la consecuencia de su egoísmo especulativo, que llega a suponer que el universo no tiene otra realidad que la de percibirlo él en su cerebro.

Si le escuchais en el décimo *arabesco*, él es su propio Dios, por él cantan las aves

en los aires, por él las estrellas brillan en el firmamento, por él las flores abren sus capullos, por él sienten las almas y las bellezas son bellas.

El universo no existe sino en él, sus fenómenos son una pura fantasmagoría que pasa al interior de su cráneo; no son movimientos del exterior que van a representarse a su masa encefálica, sino meras irradiaciones de la misma. Así es que acaba por dirigir esta imprecación a ese universo que en él mismo existe :

*Vive para mí, universo,
que cuando mi vida acabe
tu morirás y mi tumba
encerrará tu cadáver!*

Bartrina no fué una de esas naturalezas fuertes, las cuales, llenas del inmenso dolor que les produce la desproporción entre el ideal de belleza y de justicia, y la fealdad y los vicios de la sociedad en que viven, trabajan con bravura para amoldar el mundo a sus principios, al igual que el escultor modela el barro según una figura que de antemano su imaginación creara.

Muy al contrario, Bartrina, lleno de esa nostalgia sombría que se lo teñía todo de negro, sin confianza ni en sí mismo, no emplea sus esfuerzos más que para maldecir y quejarse, cual un ángel caído se limita a maldecir este mundo caótico, en el que le han condenado a vivir. Ni tan siquiera intenta corregirle, pues lo cree incorregible en todo punto. A lo más se limita a pintarle con los colores más oscuros y a representarle su imagen para que se horrorice.

Este genio sombrío tiene también su lado luminoso. Pero su luz es melancólica como la de la luna que sale detrás de negros *estratus* después de una borrasca, y como la de ésta sufre eclipses. Apenas brilla cuando una nube ya nos la esconde, dejándonos a oscuras nuevamente.

Casi nunca se nos presenta igual, bajo este aspecto. Como no, si su base es la duda? A veces antes de caer en una negación, empieza por afirmar; a veces afirma des-

pués de haber negado. Se inspira en los últimos adelantos de la ciencia, en los resultados del método positivo, pero a lo mejor cae en supersticiones como la de creer en las mesas giratorias. Su pesimismo, enteramente subjetivo, ofusca a lo mejor sus momentos placenteros, sus arranques de entusiasmo. Las pequeñas contrariedades que le irritan hácenle caer en la misantropía. Nervioso como una mujer, el menor contratiempo le hace creer que la desgracia es la ley del Universo. Esto nos recuerda a Schopenhauer, que escribía tomos de filosofía pesimista porque a su primer curso no asistieron más que cuatro discípulos muy mediocres, y afirmaba que la mujer era un ser fundamentalmente malo, porque su madre había sido muy gastadora. Pero estos caracteres en los que pequeñas causas producen grandes efectos, pasan muy pronto de un extremo a otro. Así es que vemos a nuestro poeta, después de haber maldecido al mundo, incluso a su persona, esforzándose en probar que nada hay más irracional que el suicidio. También por esto le vemos apisionado y tierno al hablar de la mujer, después de haberla presentado como un sér despreciable y fundamentalmente interesado.

Pero hay que hacer notar que en su dulzura melancólica Bartrina está sublime como en sus imprecaciones desesperadas. Delante una buena acción, ante el sufrimiento de los seres inocentes, se humaniza y tiene acentos tan tiernos y de una delicadeza tal que son capaces de conmover al más insensible. Hasta llegar a ser inoportunamente compasivo. No hay más que oírle describir en: *La marcha del tren*, el despido que hacen aquellas madres desesperadas a aquellos hijos de sus entrañas que la guardia civil se lleva para engrosar las filas del ejército. Cuando llora la muerte del pintor Padró tiene frases que conmueven. Duélese amargamente de que solo podamos saber la fecha en que muere un genio para llorarle y que no nos sea dado conocer cuando nace uno para festejar su

llegada al mundo. Ante la hostilidad que encuentra el verdadero valer, exclama:

*Si elevan un monumento
a un genio los que le admiran,
por poco que lo deseen
piedras les dará la envidia,
pues basta con que recojan
las que ésta le arrojó en vida.*

Con que amargura se lamenta de los que hacen uso de la literatura para pervertir a los demás, cuando dice:

*Para matar a la inocencia,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta!*

Por fin su solicitud en pro de los que padecen alcanza su paroxismo cuando llega a estremecerse al oír un tiro ante la consideración de las ideas funestas que esta detonación puede haber despertado en unos pajaritos que, solos en el nido, esperaban la venida de la madre ausente, que se había alejado para ir a buscarles el alimento cotidiano!

Hemos hecho notar que el color que predominaba en las descripciones de Bartrina era el negro. En él todo era desolación y amargura, hasta sus movimientos simpáticos, hasta su misma alegría tenían en su fondo un no sé qué de desconsolador y triste.

Su conversación era admirable. Tenía rasgos de ingenio indescriptibles, pero a lo mejor, en sus momentos de más chispa, un observador profundo adivinaba un corazón lacerado por honda pena. A veces la amargura no era visible pero en el fondo existía siempre. Su aticismo era melancólico. Si no era el objeto de sus narraciones lo que era desconsolador, éranlo las observaciones que hacía a propósito del tema. En ciertos de sus cuentos bromea sobre el suicidio, describiendo una casa por acciones donde los suicidas de porvenir podrán acabar con su existencia a gusto haciéndose redactar de antemano hasta los

comentarios de su muerte. A veces nos describe un hombre hipotético que de la música no percibe más que las disonancias, o bien trata de probar que al que tiene un nombre largo y difícil de pronunciar le está vedado el alcanzar popularidad de ningún género.—Pobre del que se llame Goicoerrotechea! — exclama. — El temor de pronunciarlo equivocadamente, impedirá citarlo con frecuencia en la oratoria y hasta en la conversación. Sus sobradas dimensiones no le permitirán contenerle en un medallón de arco de triunfo.

Conclusión: «Ningún vizcaino puede ser célebre». Cuando considera la importancia de los hombres políticos los compara a los números, pues aumentan en valor cuando van seguidos de muchos ceros. Y si analiza la historia de los últimos años de con-

mociones, en España, al ver tantos militares que han llegado a oficiales generales merced a los pronunciamientos, exclama: —*Hoy hasta el malestar es GENERAL.*

Para acabar diremos que estos diversos aspectos que el análisis crítico señala en las obras de Bartrina se encuentran casi siempre fundidos en su personalidad poética. Saca inducciones, se remonta a síntesis, descende a los detalles, describe, maldice, se queja, llora, se entenece, alaba, se entusiasma sucesivamente; más siempre en el fondo, a través de las formas que su potente inspiración reviste, existe un pesimismo, ocasionado en él por esta nostalgia de la vida, parte innata y parte adquirida, que produjo en sus obras ese relieve acentuado, ese claro-oscuro vigoroso que le ha hecho inmortal en la esfera de las letras.

POMPEYO GENER

